

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



La liturgia de este día nos invita a contemplar la bondad, la ternura y la misericordia de Dios por los hombres, por todos los hombres, sin excepción. Como imagen privilegiada para expresar esta realidad, la Palabra de Dios utiliza la figura del Pastor: Dios es el Pastor que, con amor, cuida de su rebaño.

La primera lectura presenta a Dios como un "buen pastor" (contrapuesto a los líderes de Israel, los "malos pastores" que conducían al Pueblo por caminos de egoísmo y de muerte), cuya preocupación fundamental es el bienestar de su rebaño; en este contexto, el profeta anuncia la obra del Pastor/Dios: la liberación del rebaño/Pueblo, el éxodo hacia la tierra de la libertad, la conducción del rebaño hacia "ricos pastizales" y los cuidados amorosos que el Pastor dispensará a cada una de sus ovejas.

La segunda lectura nos recuerda que el amor de Dios se derrama continuamente sobre los hombres. La prueba cabal de ese inmenso amor es Jesucristo, el Hijo que el Padre envió a nuestro encuentro para liberarnos del egoísmo y del pecado y que dio su propia vida para que el proyecto de amor del Padre se realizase y afectase a la humanidad entera.

El Evangelio retoma la imagen de Dios/Pastor, cuyo amor se derrama, de forma especial, sobre las ovejas heridas y perdidas del rebaño. De esa forma, se sugiere que el Pastor/Dios

no sólo no excluye a nadie de su propuesta de salvación, ni siquiera a aquellos que, por sus actitudes "políticamente incorrectas" son marginados por los otros hombres, sino que además tiene una "debilidad" especial por los excluidos: son precisamente esos los destinatarios privilegiados del amor de Dios.

PRIMERA LECTURA

Yo mismo apacentaré mis ovejas, yo mismo las haré sestear

Lectura de la profecía de Ezequiel

34, 11 - 16

Así dice el Señor Dios:

«Yo mismo en persona buscaré a mis ovejas, siguiendo su rastro.

Como sigue el pastor el rastro de su rebaño, cuando las ovejas se le dispersan, así seguiré yo el rastro de mis ovejas y las libraré, sacándolas de todos los lugares por donde se desperdigaron un día de oscuridad y nubarrones.

Las sacaré de entre los pueblos, las congregaré de los países, las traeré a su tierra, las apacentaré en los montes de Israel, en las cañadas y en los poblados del país.

Las apacentaré en ricos pastizales, tendrán sus dehesas en los montes más altos de Israel; se recostarán en fértiles dehesas y pastarán pastos jugosos en los montes de Israel.

Yo mismo apacentaré mis ovejas, yo mismo las haré sestear —oráculo del Señor Dios—.

Buscaré las ovejas perdidas, recogeré a las descarriadas; vendaré a las heridas; curaré a las enfermas; a las gordas y fuertes las guardaré y las apacentaré como es debido.»

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

Ezequiel, el "profeta de la esperanza", formó parte de esa primera leva de exiliados que, en el 597 antes de Cristo, Nabucodonosor envió a Babilonia. Fue en Babilonia donde se sintió llamado por Dios y fue entre los exiliados donde desarrolló su misión profética (entre el 592 y el 571, aproximadamente).

En una primera fase (ente el 592 y el 586) el mensaje que Ezequiel se propone transmitir intenta deshacer las falsas esperanzas de los exiliados (empeñados en regresar rápidamente a Judá) y anuncia un nuevo castigo para Jerusalén: no somos nosotros los que vamos a regresar rápidamente a nuestra tierra, dice el profeta, los que están en Jerusalén, y que continúan andando por caminos de pecado y de infidelidad a Yahvé, son los que vendrán a nuestro encuentro, en el Exilio.

En una segunda fase (entre el 586 y el 571), el mensaje de Ezequiel va a ser, sobre todo, un mensaje de salvación, destinado a consolar a los exiliados y a alimentar la esperanza en un futuro nuevo de felicidad y de paz.

El texto que se nos propone pertenece a esta segunda fase. Después de denunciar la responsabilidad de los dirigentes de la nación (los "malos pastores") en la catástrofe nacional (cf. Ez 34,1-10), el profeta anuncia una nueva fase de la historia, en la cual el mismo Dios va a apacentar a su Pueblo.

La idea de presentar a Dios como un pastor que apacienta a su Pueblo no es original: los sumerios, los babilonios, los egipcios aplicaban esta imagen lo mismo a los dioses que a los hombres; y en Israel, es una imagen que, con frecuencia, se aplica a Dios (cf. Sal 23; 80; Jr 23,1-8).

1.2. Mensaje

El tema fundamental de este texto es, por tanto, la presentación de Dios como un "buen pastor", que cuida con amor del rebaño que es su Pueblo.

Nuestro texto comienza por presentar la iniciativa de Dios, que "en persona" viene al encuentro del Pueblo esclavizado (v. 11: "Yo mismo en persona buscaré a mis ovejas"). A pesar del pecado del Pueblo, Dios no abandona a su rebaño: hasta en el Exilio los miembros del Pueblo continúan siendo, para Dios, "mis ovejas".

¿Cuál es el objetivo de Dios al ir al encuentro de sus ovejas? Es el de liberarlas de la esclavitud, reunir las y conducir las de regreso a la tierra prometida (vv. 12-13b). Todo esto es descrito según el esquema del éxodo: salida y entrada. Dios quiere

repetir la maravillosa iniciativa liberadora del éxodo de Egipto, llevando de nuevo a su Pueblo de la tierra de la esclavitud a la tierra de la libertad.

Con la llegada de los exiliados a la tierra de la libertad, ¿habrá finalizado la acción de Dios? No. Incluso después de que las ovejas hayan reencontrado su tierra, el pastor (Dios) continuará dispensándoles sus cuidados. Las imágenes utilizadas (vv. 13c-15) subrayan, por un lado, la abundancia de vida, por otro, la tranquilidad y la paz que Dios se propone dar, en todo momento, a su "rebaño".

La acción salvadora y amorosa de Dios se concretará, aun, en la solicitud con la que Él tratará a las ovejas perdidas, descarriadas, heridas, enfermas (v. 16). Ahí se manifestará la "justicia" de Dios que es amor, solicitud, ternura, misericordia hacia los más pobres, marginados y débiles.

1.3. Actualización

- ✚ La reflexión de este texto puede hacerse a partir de los siguientes elementos:
Decir que Dios es el "buen pastor" implica hablar de un Dios con el corazón lleno de amor, que en todos los instantes está presente en los caminos de nuestra historia, lucha a nuestro lado contra todo lo que oprime y esclaviza, señala horizontes de esperanza a aquellos que andan perdidos, cuida de todos aquellos a los que la vida maltrató, ofrece a todos la vida y la salvación. En este día del Corazón de Jesús, estamos invitados a contemplar el amor y la ternura del Pastor/Dios que se derraman sobre todos los hombres, de forma especial, sobre los pobres, los oprimidos, los excluidos.
- ✚ La imagen del "buen pastor" está puesta, en esta lectura, en contraste con los "malos pastores" (los líderes) que, buscando únicamente "apacentarse a sí mismos", conducían al Pueblo y a la nación por caminos de egoísmo y de muerte... Nos invita a no poner nuestra esperanza y nuestra seguridad en manos humanas, pues sólo Dios es el "buen pastor" en quien podemos encontrar la vida en plenitud.
- ✚ Hay aquí, también, una invitación implícita a todos aquellos que tienen responsabilidades en la sociedad, en la Iglesia, en la comunidad: que el servicio de la autoridad sea ejercido con solicitud y amor, no para servirse a uno mismo, sino para servir a los hermanos que Dios confía. Que en nuestros gestos no haya egoísmo y prepotencia, sino presencia efectiva y concreta del amor de Dios.

Salmo responsorial

Salmo 22, 1 - 6

V/. El Señor es mi pastor, nada me falta.

R/. El Señor es mi pastor, nada me falta.

V/. El Señor es mi pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas.

R/. El Señor es mi pastor, nada me falta.

V/. Me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.
Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan.

R/. El Señor es mi pastor, nada me falta.

V/. Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa.

R/. El Señor es mi pastor, nada me falta.

V/. Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término.

R/. El Señor es mi pastor, nada me falta.

SEGUNDA LECTURA

La prueba de que Dios nos ama

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos

5, 5b - 11

Hermanos:

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado.

En efecto, cuando nosotros todavía estábamos sin fuerza, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; en verdad, apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir; mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros.

¡Con cuánta más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por él salvos del castigo!

Si, cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuanta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida!

Y no sólo eso, sino que también nos gloriamos en Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido ahora la reconciliación.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

Cuando escribe a los Romanos, Pablo se prepara para dejar Corinto y para regresar a Jerusalén, al finalizar su tercer viaje misionero (año 57 ó 58). Él siente que termina su misión en Asia y pretende, ahora, dirigir su esfuerzo misionero hacia Occidente. Por otro lado, Pablo está preocupado con la amenaza que pesa sobre la Iglesia: corre el riesgo de dividirse en dos comunidades, una judeo-cristiana, otra pagano-cristiana. Pero más que para la comunidad de Roma, es una carta para todas las comunidades cristianas, en la que Pablo, en tono sereno y didáctico, expone las cuestiones fundamentales que le preocupan. Subrayando la unidad de la revelación, la unidad del Antiguo Testamento y del Evangelio, las promesas hechas a Israel y el papel del antiguo Pueblo de Dios en la historia de la salvación, Pablo demuestra que tanto los judíos como los paganos, reconciliados por Cristo, tienen lugar en esa comunidad fraterna que es la Iglesia.

El texto que se nos propone está incluido en la parte dogmática de la carta (cf. Rm 1,18-11,36), donde Pablo intenta decir que el Evangelio es la fuerza que congrega que salva a todo creyente. Después de aclarar que nadie tiene méritos, superiores a los otros, porque todos, judíos y paganos, son pecadores (cf. Rom 1,18-3,20), Pablo enseña que es la "justicia" de Dios la que da la vida a todos, sin distinción (cf. Rm 3,21-5,11).

2.2. Mensaje

El texto comienza con una referencia al amor de Dios, "derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo" (v. 5). Aquí se señala algo esencial para nuestra experiencia religiosa: el cristiano no es un "pobre afligido", que se ha hecho esclavo de fórmulas y de ritos y que vive prisionero de una moral prehistórica o de una jerarquía centralizadora; sino que es, fundamentalmente, alguien a quien Dios ama. Nunca estará de más insistir en esta evidencia: Dios nos ama. Y esa es la extraordinaria "buena noticia" que Pablo quiere hacer llegar a todos los hombres.

La prueba de ese amor es la historia increíble de Jesús de Nazaret, el Hijo, a quien el Padre envió al mundo para "justificar" a esos hombres hundidos en una historia de egoísmo y de pecado y para reconciliarlos definitivamente consigo. Pablo nos invita a reparar en ese hecho maravilloso: Dios, el Padre, no comienza a amarnos cuando nos convertimos; nos ama desde siempre y, por eso, envió al Hijo a nuestro encuentro, "siendo nosotros todavía pecadores" (v. 8). Está claro que ahora, salvados por la sangre de Jesús, insertos en una dinámica de vida nueva, tenemos todavía más razones para esperar que Dios nos ame y continúe derramando sobre nosotros su vida (v. 9-10). Esta es la raíz de nuestra esperanza.

¿Qué significa decir que fuimos "justificados" y "reconciliados" con Dios por la sangre de Jesús (vv. 9-11)? ¿Significa que el Padre exigió la muerte del Hijo en nuestro lugar,

para podernos perdonar nuestras faltas? No. Significa que el Padre tenía un proyecto de vida y de salvación para nosotros y que envió al Hijo a nuestro encuentro para presentarnos ese proyecto. La muerte del Hijo fue el resultado de la confrontación del proyecto liberador del Padre con el odio, el egoísmo, la opresión que dominaban en el mundo. Pero, si ese proyecto fue cumplido, a pesar de las resistencias, hasta la donación de la vida del Hijo, eso demuestra la inmensidad del amor de Dios.

2.3 Actualización

Para la reflexión, considerad los siguientes aspectos:

- ✚ Ya lo hemos dicho, pero no está de más el repetirlo: el cristiano no es un "pobre afligido" ni un "pobre idealista" que, mirando al cielo, lucha contra molinos de viento, condenado al fracaso y a la irrisión; el cristiano es alguien que tiene conciencia del amor de Dios y que, con el corazón lleno de alegría y de esperanza, siente la necesidad de testimoniar a los hombres, con palabras y con gestos, ese amor.
¿Sentimos, verdaderamente, que nuestra vocación es la del encuentro con el Dios/amor y la de testimoniar, delante de los hombres, ese amor liberador?
- ✚ La conciencia del amor de Dios nos da el coraje para enfrentarnos al mundo y para, en el seguimiento de Jesús, hacer de la vida un don de amor. El cristiano no teme la confrontación con la injusticia, con la persecución, con la muerte: todo eso es secundario comparándolo con el Dios que nos llama y que nos reta a amar sin medida. Se enfrente ante quien se enfrente, lo que importa al creyente es ser, en el mundo, signo vivo del amor de Dios.
- ✚ El Padre Dehon espera que sus religiosos sean profetas del amor y servidores de la reconciliación de los hombres y del mundo en Cristo", dicen las Constituciones de los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús.
¿Intentan ellos, y todos aquellos que comulgan con esta actitud evangélica, ser coherentes con ese programa?
¿Nuestra vida en el encuentro con los que nos cruzamos todos los días, por los caminos del mundo, es testimonio y signo vivo de ese amor de Dios que nos llena el corazón?

Aleluya

Aleluya Mt 11, 29

Cargad con mi yugo y aprended de mí
—dice el Señor—,
que soy manso y humilde de corazón.

EVANGELIO

**¡Felicítadme!,
he encontrado la oveja que se me había perdido**

✠ **Lectura del santo evangelio según san Lucas**
15, 3 - 7

En aquel tiempo,
dijo Jesús a los fariseos y escribas esta parábola:

— «Si uno de vosotros tiene cien ovejas
y se le pierde una,
¿no deja las noventa y nueve en el campo
y va tras la descarriada, hasta que la encuentra?
Y, cuando la encuentra,
se la carga sobre los hombros, muy contento;
y, al llegar a casa,
reúne a los amigos y a los vecinos para decirles:
"¡Felicítadme!, he encontrado la oveja
que se me había perdido."
Os digo que así también habrá más alegría en el cielo
por un solo pecador que se convierta
que por noventa y nueve justos
que no necesitan convertirse.»

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

La historia que, hoy, Lucas nos cuenta debe ser puesta en el contexto del "camino hacia Jerusalén", esto es, en ese camino "espiritual" durante el cual Jesús prepara a los discípulos para que sean, después de su partida al Padre, los testigos del "Reino" en medio de los hombres. En varios momentos, Jesús revela a los discípulos el ser del padre y les presenta los valores fundamentales del "Reino"; en el de hoy, Jesús ofrece una catequesis que revela el amor y la misericordia del Padre.

Todo el capítulo 15 está dedicado a mostrar la fuerza del amor de Dios. En tres parábolas, Jesús desarrolla el tema de la búsqueda y del encuentro del que estaba perdido, para mostrar el amor y la solicitud de Dios hacia todos, sobre todo para con los pecadores y marginados. Se trata de un tema muy querido al evangelista Lucas.

La "parábola de la oveja perdida" aquí presentada aparece también en Mateo (cf. Mt 18,12-14); pero, mientras que en Mateo se aplica a las responsabilidades de los jefes de la Iglesia en relación con los "pequeños" de sus comunidades, en Lucas la parábola sirve para ilustrar la misericordia de Dios y su preocupación para con los pecadores: no hay duda de que el sentido de Lucas debe estar mucho más próximo del sentido original según el cual Jesús contó esta historia.

Para percibir cabalmente lo que aquí se quiere decir, es importante que tengamos en cuenta el encuadre en el que la parábola se nos presenta. Todo comienza con una observación de los escribas y fariseos que, viendo cómo los publicanos y pecadores se acercaban a Jesús para oírle, comentaban: "este hombre acoge a los pecadores y come con ellos". Para los fariseos, era absolutamente escandaloso mantener contactos con un pecador público. En la época, un cobrador de impuestos no podía formar parte de la comunidad farisaica; no podía ser juez, ni prestar testimonio en un tribunal siendo, a efectos judiciales, equiparado al esclavo; estaba también privado de ciertos derechos cívicos, políticos y religiosos... Jesús va a demostrar, a aquellos que lo criticaban, que la lógica de los fariseos (generadora de exclusión y de marginalidad) está en oposición con la lógica de Dios.

3.2. Mensaje

La parábola del pastor que abandona noventa y nueve ovejas en el desierto para ir a buscar la perdida y que, llegado a casa, convoca a los amigos y vecinos para celebrar el hallazgo de la oveja perdida, es una parábola extraña, si la vemos con los criterios de la coherencia y de la lógica. ¿Tiene sentido abandonar noventa y nueve ovejas por una sola? ¿Tiene sentido ese barullo con los amigos y los vecinos, a causa de un hecho tan banal para un pastor como es el encontrar a una oveja que se había

perdido? Sin embargo, son precisamente en esas exageraciones y en esas reacciones desproporcionadas donde se transparenta el mensaje esencial de la parábola.

Los relatos evangélicos ponen, con frecuencia, a Jesús en contacto con gente reprobable, señalada con el dedo por la sociedad, como son los cobradores de impuestos y las mujeres de mala vida. Es imposible que los discípulos hayan inventado esto: nadie de la comunidad cristiana primitiva estaría interesado en atribuir a Jesús un comportamiento "socialmente incorrecto", si eso no correspondiese con la realidad histórica. No hay duda: Jesús anduvo con gente dudosa, con personas a las que los "justos" preferían evitar, con personas que eran anatematizadas y marginadas a causa de sus comportamientos escandalosos, atentatorios contra la moral pública. Ciertamente no fueron los discípulos los que inventaron para Jesús el injurioso apelativo de "comilón y bebedor, amigo de publicanos y de pecadores" (Mt. 11,19; cf. 15,1-2). ¿Por qué Jesús andaba con esas personas?

Porque, en la perspectiva de Lucas, Jesús es el amor de Dios que se hace hombre y que viene al encuentro de los hombres, de todos los hombres, para liberarlos de su miseria y para presentar esa realidad de vida nueva que es el proyecto del "Reino". La solicitud de Jesús para con los pecadores les muestra que Dios les ama, que Dios no los rechaza, que Dios les invita a formar parte de su familia y a integrar la comunidad del "Reino". Y que el proyecto de salvación de Dios no es una condominio cerrado, con guardias uniformados para evitar la entrada de indeseables; sino que es una propuesta universal, donde todos los seres humanos tienen un lugar, porque todos, malos y buenos, son hijos queridos y amados del Padre/Dios. La lógica de Dios está siempre dominada por el amor.

La "parábola de la oveja perdida" pretende, precisamente, dar cuenta de esta realidad. La actitud desproporcionada de "dejar las noventa y nueve en el campo e ir tras la descarriada" subraya la inmensa preocupación de Dios por el hombre que se aparta de la comunidad de la salvación y el "incomprensible" amor de Dios por todos los hombres que necesitan de liberación. El "poner la oveja sobre sus hombros" significa el cuidado y la solicitud de Dios, que trata con amor y con cuidados de Padre a los hijos heridos y afligidos; la alegría desmesurada del "pastor" significa la felicidad inmensa de Dios siempre que el hombre vuelve al camino de la felicidad y de la vida plena.

Jesús anuncia, aquí, la salvación de Dios ofrecida a los pecadores, no porque estos se hagan dignos de ella mediante sus buenas obras, sino porque el mismo Dios se solidariza con los excluidos y marginados y les ofrece la salvación. Encontramos aquí el cumplimiento de la profecía de Ezequiel que nos fue presentada en la primera lectura: Dios va a ponerse (a través de Jesús) como el Buen Pastor, que cuidará con amor de todas las ovejas y de forma especial de las descarriadas y perdidas.

3.3. Actualización

La reflexión sobre este texto del Evangelio puede realizarse a partir de los siguientes elementos:

- ✚ Antes de nada, lo que aquí se está ofreciendo es la presentación del inmenso amor de Dios. Dios ama de forma desmesurada a cada ser humano. Esto es lo primero que nos debe "tocar el corazón" a los que celebramos el Corazón de Jesús.
¿Interiorizamos suficientemente esta certeza, dejamos que marque nuestra vida y condicione nuestras opciones?
- ✚ El amor de Dios se dirige, de forma especial, a los pequeños, a los marginados, a los necesitados de salvación.
¿Los pobres y débiles que encontramos en las calles de nuestras ciudades o a la puerta de las iglesias encuentran en nosotros, "profetas del amor", la solicitud de Dios?
¿A pesar del inmenso trabajo, del cansancio, del "estrés", de los problemas que nos preocupan, somos capaces de "perder" tiempo con los pequeños, de estar disponibles para acoger y escuchar, de "regalar" una sonrisa con esos excluidos, oprimidos, sufridores, que encontramos todos los días y hacia los cuales tenemos la responsabilidad de hacer real el amor de Dios?
- ✚ Hacer del amor de Dios una realidad viva en nuestro mundo significa luchar objetivamente contra todo lo que genera odio, injusticia, opresión, mentira, sufrimiento.
¿Me inquieta, realmente, todo aquello que afea el mundo?
¿Pacto (con mi silencio, indiferencia, complicidad) con los sistemas que generan injusticia, o me esfuerzo activamente por transformar todo lo que es una negación del amor de Dios?
- ✚ ¿Nuestras comunidades son espacios de acogida y de hospitalidad, oasis del amor de Dios, no sólo para los amigos y hermanos, sino también para los pobres, los marginados, los que sufren, los que buscan en nosotros un signo de amor, de ternura y de esperanza?

EL CORAZÓN DE JESÚS

La iglesia dedica tradicionalmente el mes de junio a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que encontró en la encíclica *Haurietis aquas* de Pío XII (15 de mayo de 1956) una inagotable profundización y un reconocimiento pastoral. Las apariciones de Jesús a santa Margarita María de Alacoque (1647-1690) y el influjo de san Juan Eudes (1601- 1680) dieron gran incremento a esta devoción, que hunde sus raíces en la sagrada Escritura, en los escritos de los Padres de la iglesia, en la espiritualidad de los místicos y de numerosos santos.

Toda la historia de la salvación, que es una propuesta de amor y de misericordia, está resumida en el Corazón traspasado de Cristo.

Por esto, el papa Pío IX en 1856 hizo universal la fiesta litúrgica del Sagrado Corazón, ya celebrada en Polonia en 1765, y en 1875 exhortó a los fieles a consagrarse al Corazón de Jesús.

La consagración de la humanidad al Sagrado Corazón, bajo el papado de León XIII, y la consagración de las familias con Pío X dieron ulterior incremento a esta espiritualidad, de la que Pío XI subrayó la dimensión “reparadora”.

Vinieron, gradualmente, el formulario de la misa dedicada al Sagrado Corazón y el oficio divino, la celebración de los primeros viernes del mes, la hora santa, la propuesta de las letanías y de la corona al Sagrado Corazón, la difusión de la imagen del Sagrado Corazón en las casas, la dedicación de iglesias y parroquias, la inspiración de varios institutos religiosos, el apostolado de la oración, las procesiones, etc.

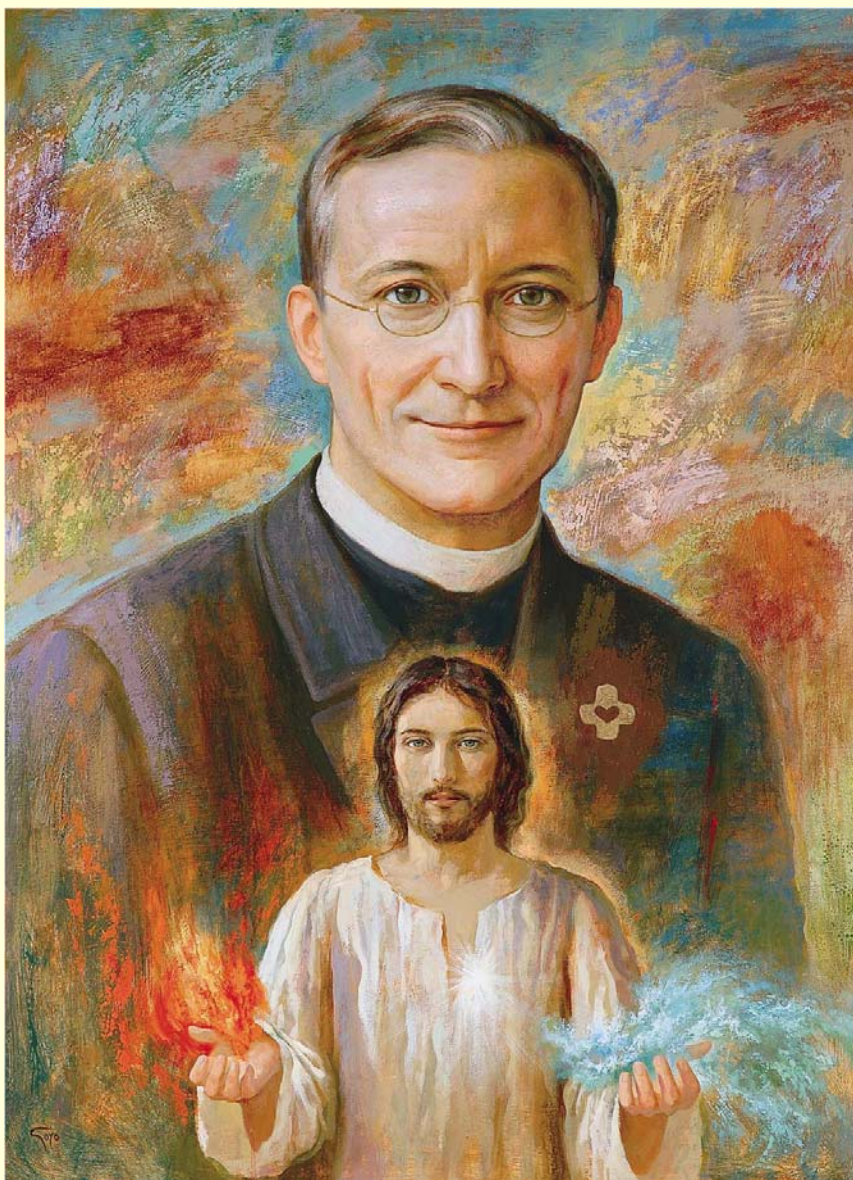
Pero, hoy, ¿qué puede decir y dar al cristiano y a las comunidades esta espiritualidad, aparte de eventuales desviaciones pietistas y estériles sentimentalismos?

El Papa Benedicto lo sintetiza bien: “La fe, que toma conciencia del amor de Dios revelado en el Corazón traspasado de Jesús en la cruz, suscita a su vez el amor. Es la luz —en el fondo la única— que amanece siempre de nuevo en un mundo oscuro y nos da el ánimo de vivir y de actuar” (*Deus caritas est*, n. 39).

El Sagrado Corazón testimonia que el servicio del amor —*caritas*— no es nunca superfluo, es más necesario incluso en la sociedad más justa. A las personas les sirve algo que vaya más allá del cuidado técnicamente adecuado, tienen necesidad de humanidad, de la “atención al corazón” (n. 31). Cada intervención debe dejar transpirar el

amor por el hombre, la íntima participación personal en la necesidad y el sufrimiento del otro, porque el darse a sí mismo no humilla jamás al pobre.

Es la “caridad social”, es decir, el vivir y actuar siempre los unos por los otros y nunca los unos contra los otros¹. El Corazón de Cristo educa a estar frente a las urgencias de las personas evitando sea la soberbia que la resignación, haciendo cuanto es posible con humildad y confianza en Dios. Esta es la importancia de la oración frente al activismo y al difundido secularismo de muchos cristianos comprometidos en el trabajo caritativo.



*¡Mis queridos hijos!
¡Os dejo el más maravilloso
de todos los tesoros:
el Corazón de Jesús!*

Con estas palabras, el Padre Juan León Dehon inicia el testamento espiritual que legó a los *Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús* y a todos los que quieran centrar su vida en el Corazón de Jesús.

El Corazón de Jesús fue la fuerza interior que movió continuamente al P. Dehon.

Como hombre de la Iglesia de su tiempo, contribuyó a que el Corazón de Jesús reinase en las almas y en las sociedades.

"Es necesario que el culto al Corazón de Jesús, iniciado en la vida mística de las almas, descienda y penetre en la vida social de los pueblos. Él traerá el soberano remedio para los males crueles de nuestro mundo moral" (Oeuvres Sociales I, 3).

¹ Discurso de Benedicto XVI a los participantes en el encuentro promovido por la Fundación “Centesimus Annus Pro Pontifice” sobre el tema “Democracia, instituciones y justicia social”, 19-05-06.